

ENTRE EL TIEMPO Y LA ETERNIDAD*

Escribe: FELIX RESTREPO S. J.

— I —

Heme aquí pues al fin de la jornada. Ya el sol se pone en occidente. Atrás quedó la tierra, delante se abre el mar de la eternidad.

Mi vida ha sido fecunda. Me encuentro rico en los momentos de emprender el viaje sin regreso. Pero esta riqueza del espíritu ¿es real, o es ilusoria? Y si es real ¿es riqueza verdadera, o similar?

Estos momentos de espera, cuando ya pasó la vida y la eternidad se acerca, son propicios para hacer el inventario de lo que se encuentra en mi alma. Dios quiera iluminarme y guiarme para dejar claramente establecido lo que soy y lo que obtuve.

He invocado a Dios al empezar este postrer balance, siguiendo una costumbre de toda mi vida, que me conforta y satisface. Pero voy a despedirme provisionalmente de Dios en el umbral de este examen; aunque bien se que *in eo ipso vivimus et movemur et sumus*. Pero, pues El me dio el entendimiento con que estoy pensando, se que siguiendo con lealtad la línea de mi pensamiento volveré a encontrarme con El.

Por ahora estoy solo en la playa. Solo conmigo en mí. Muchos maestros, muchos amigos he tenido en la vida (¿o he soñado que los he tenido?). Muchos, demasiados libros he leído, que me han revelado las vacilaciones o las efusiones; las negaciones o las afirmaciones de hombres famosos de pasadas edades (¿o es que he soñado que los he leído?).

De aquellos y de estos quiero prescindir en esta hora suprema. Lo que ellos en mí sembraron aparecerá en mi espíritu con su propia evidencia; reconozco haberlo recibido; sería imposible recordar a quién debo cada una de las ideas que encuentro en mí, unidas naturalmente a las que he adquirido por propia experiencia. El enlace y la clasificación de esas ideas es lo que ahora me interesa.

Comencemos pues.

Tengo que empezar por buscar un punto de apoyo incommovible, una verdad segura, que no deje en mi espíritu ni sombra de vacilación. Hela

(*) Tomado del libro del mismo título, recientemente aparecido. Editorial Voluntad. Bogotá D. E.

aquí: existo. Puedo poner en duda, prudente o imprudentemente, cualquier otra de las ideas de mi repertorio; menos esta: existo. Yo me siento a mí mismo, con entera evidencia, como ser existente.

¿Desde cuándo? ¿Hasta cuándo?

¿Qué es esto que sale del fondo de mi ser y que, sin conmover la realidad de mi existencia, la deja flotando en una corriente que los hombres llaman tiempo? ¿Cuándo? ¿Desde cuándo? ¿Hasta cuándo?

Ahora, antes de ahora, después de ahora. Son conceptos que brotan en mi espíritu con una fuerza incontenible. Ahora soy; ahora existo. Antes de ahora yo era, yo existía. ¿Desde cuándo?... Después de ahora ¿existiré todavía? ¿hasta cuándo?

Empiezan los enigmas. Empieza a turbarse la serenidad de mi alma. Apenas he dado un paso y me encuentro ya ante el abismo; me encuentro ante el misterio del *ser* y del *no ser*.

Ahora yo soy. El misterio del ser es para mí una luminosa claridad; soy. Antes de ahora, yo era. No es mi ser instantáneo como el de un relámpago. Tiene alguna estabilidad. Antes de ahora, yo era. ¿Desde cuándo?

Si el testimonio de mi memoria fuera fidedigno, yo señalaría el año en que empecé a tener conciencia de mi ser y de mis actos, evocaría la venerada imagen de mis padres, pintaría el ambiente y el paisaje en que se abrieron mis ojos. Pero, ¿si todo es sueño?

Que yo era, soñando o despierto, es para mí indudable, y es claro que soy y he sido desde que estoy haciendo este balance de mi vida. ¿Cuánto tiempo he sido? Para resolver este enigma debería yo tener nociones mucho más completas de las que hasta ahora he inventariado. Dejémoslo para después. Por ahora me basta con decir: Antes de ahora yo era; pero mucho antes yo no era. A lo menos no era conciente. Y he aquí otro enigma: Ser y ser conciente ¿es una misma cosa?

Dejemos planteado también este problema, para no perder el hilo de mi meditación. ¿Desde cuándo existo? Por el momento no puedo saberlo. ¿Hasta cuándo? Si oscuro es el pasado, más oscuro es el porvenir. Se que mi vida corporal puede deshacerse de un momento a otro. Pero ¿es algo más que un sueño la vida corporal? Yo, que vivo, o creo que vivo en el cuerpo, no soy el cuerpo. Yo soy un ser pensante; soy un ser conciente. ¿Podré seguir pensando separado del cuerpo?

Hay en el fondo de mi ser un anhelo de inmortalidad, de superación de la vida corporal. Ese anhelo, hirviente y poderoso en el fondo de mi alma, es una realidad muy distinta de las verdades lógicas que he revisado hasta ahora. Yo soy, yo era, son expresión directa y evidente de la verdad objetiva. Yo quisiera ser para siempre, es expresión de un movimiento de mi espíritu, pero que no trae consigo, necesariamente, la realidad de lo que yo deseo.

Pero es importante saber que hay en mi alma dos clases de expresión: la expresión lógica, afirmativa, segura, incommovible, que corresponde a la aprehensión de la verdad, y la expresión afectiva, anhelante,

angustiosa, vacilante que manifiesta la tendencia íntima hacia un bien posible que quisiera uno ver hecho realidad. Juicio y deseo. Afirmación de lo que es; aspiración a lo que ojalá fuera.

Hemos agotado ya esta línea del pensamiento y tenemos en claro no pocas ideas, aunque han surgido también no pocos enigmas.

Volvamos al punto de partida.

— XIV —

No podría actuar ninguna de estas fuerzas, si no hubiera entre los cuerpos y entre los mismos átomos un medio por donde puedan transmitirse. A este ser misterioso lo han llamado éter.

No faltan físicos que niegan su existencia, porque, empeñados en sujetarlo a las leyes de la materia visible, lo encuentran contradictorio. Pero ¿por qué no empezar por conceder que es un ser con su propia naturaleza y sus propias leyes? ¿Por qué intentar meterlo a la fuerza en moldes que no se hicieron para él? Veamos sus efectos que son innegables, y de ellos deduzcamos su naturaleza.

Tengo certeza sobre algunas de las propiedades del éter. Sobre otras debo formar hipótesis que me permitan completar una imagen, una idea aproximada de lo que puede ser.

El éter es finito en todas direcciones. Ninguna creatura puede ser en ningún sentido infinita. Volveré adelante sobre esta afirmación, para mí cierta y evidente.

Si en todo sentido el éter es finito, su límite exterior tiene que tener alguna forma, estable o variable. Supongamos por ahora que esa forma se acerca a la esfera, que tan frecuente es en formaciones naturales, desde el protón y el electrón, que así los imaginamos, hasta los grandes astros. Pero podría ser también lenticular, siguiendo la analogía de muchas galaxias. Este puede ser uno de los puntos que con el tiempo fije la ciencia con certeza. Einstein supone el universo cilíndrico, con longitud aproximada de 10^{15} a 10^{20} kilómetros.

En todo caso el ámbito del éter es inmenso. Millones de años de luz separan entre sí algunas galaxias. No sería raro pues que el diámetro del éter hubiera que medirlo en miles de millones de años de luz. Para la omnipotencia y grandeza de Dios, esa inmensidad es como una gota de agua que rueda por su mano.

La gota de agua tiene una tensión superficial que la conserva en su integridad. El éter ha de poseer algo semejante, a modo de corteza que lo mantenga en su unidad y no lo deje dispersar por los espacios vacíos.

Si es cierto que el universo está en expansión, que las galaxias huyen hacia afuera en todas direcciones, la tensión superficial interior del éter pondrá límite a esa expansión, a la cual seguirá una contracción, y con esto un ritmo de sistole y diástole como en el corazón humano. De no ser así, las galaxias desbordarían el éter y dejarían de formar un todo ar-

mónico. La unidad del cosmos es la unidad del éter. El éter es como el protoplasma de esta inmensa célula.

Veamos ahora el oficio del éter en la transmisión de las fuerzas. Los protones que forman el núcleo del átomo están unidos entre sí por la fuerza más tremenda que puede imaginarse. El hombre sin embargo, se ha dado maña para bombardear el átomo y separar los protones. La energía que de esta manera queda libre la recibe en su mayor parte el éter en radiaciones múltiples, y el resto el aire en forma de ondas sonoras e ímpetu de moléculas que constituyen la explosión.

Si todos los átomos estallaran, toda la energía volvería al éter; no es pues absurdo pensar que del éter depende, en alguna forma, la energía que los aprieta tan firmemente.

Las relaciones del núcleo con los electrones hemos visto que se explican por la fuerza electromagnética. El campo magnético no se explica sin el éter, y la atracción y repulsión de las fuerzas eléctricas serían nulas sin este fluido universal capaz de transmitir las.

Desde que Einstein probó que las modificaciones del campo gravitatorio se transmiten con la velocidad de la luz, quedó claro también que la fuerza de gravedad no obra a distancia e instantáneamente como pretendían algunos, sino que se transmite por el éter.

¿Qué pasaría si se suprimiera el éter por completo?

Protones y neutrones perderían la cohesión que forma los núcleos, y quedarían flotando, sin atracción entre sí.

Los electrones conservarían su velocidad, pero faltos de fuerza centrípeta saldrían todos a una por la tangente, y se dispersarían por el espacio en todas direcciones, con movimiento uniforme, rectilíneo, e incesante. Algo semejante a lo que vemos en los rayos cósmicos.

Ocurrirían algunos choques entre las partículas al principio; pero cuando el área de dispersión dejara atrás el espacio que había ocupado el éter, ya no serían posibles.

Qué efecto produciría un choque en partículas desprovistas del éter no es fácil de imaginar. En todo caso, faltando el éter no se puede hablar de energía. No existirían sino partículas inertes, en movimiento continuo, sin ninguna relación posible de unas con otras. No se podría hablar de un universo, sino del polvo a que quedó reducido el universo, polvo inerte y en dispersión continua, que necesitaría del poder de Dios para volver a constituir una unidad por medio de otro éter que volviera a envolver y a relacionar los restos de los átomos.

Conocido es el principio de la degradación de la energía. Vamos a imaginar ahora que se acelera inmensamente este proceso sin desaparecer ninguno de los elementos de la creación. El fin será el siguiente:

No hay en la materia diferencias de temperatura. Los cuerpos más calientes han irradiado su calor; lo ha recibido el éter en sus ondas caloríficas, y lo ha repartido por igual en todo el universo. La energía del calor ya no existe.

El equilibrio entre las fuerzas centrífugas y las centrípetas en los sistemas planetarios y en las galaxias mismas, se ha roto poco a poco, arrastrando consigo las grandes masas a las más pequeñas hasta no formar todos los cuerpos sino una ingente masa. La energía que produjo esta multitud de choques la recibió el éter en forma de calor y otras radiaciones.

Las combinaciones químicas y descomposiciones atómicas han dado por resultado que no existe ya sino el único elemento verdaderamente estable, el helio, o tal vez los escombros de sus átomos. El éter ha recibido, en ondas de todas las radiaciones posibles, la energía que ha dejado libre esta degradación constante, y ya no es posible energía química ni eléctrica, ni atómica.

La temperatura de la inmensa masa inerte no es sin embargo la del cero absoluto, pues dicha masa flota en el éter lleno de radiaciones de calor y recibe por tanto una parte de él, aunque mínima, pues es mínimo el espacio que la masa material ocupa en relación con la extensión del éter.

Algún movimiento tendrá esta masa; pero él estará regulado por la tensión superficial del éter, cuyo recinto no podrá abandonar, pero ya no hay posibilidad de choque alguno que pueda volver a desequilibrar la energía.

Tenemos pues la inercia completa y absoluta y se necesitará el poder divino para establecer otra vez diferencias de potencial que hagan posible la variedad y la actividad de los seres materiales.

Por aquí se ve pues que la energía es algo que está en función de la materia y del éter, y no de uno solo de estos elementos.

De todo esto deducimos que el éter es un flúido que da cohesión y unidad al universo, y que recibe y trasmite de unos cuerpos o elementos materiales a otros las diversas clases de energía.

No es difícil prever que la física del futuro será la investigación del éter.